

llegar la solemnidad de la Pascua, la población á donde vuelven con mayor interés la vista los viajeros es la capital del orbe cristiano. Figúrenos la magnífica plaza de San Pedro, donde la gigantesca arquitectura de los egipcios, representada por sus obras maestras y el renacimiento por las suyas rinden tributo á la madre y cabeza de las iglesias todas; donde columnatas de sorprendente perspectiva parecen extender más y más el recinto de aquella inmensa arena, y envolver misterios de inusitada grandeza entre las sombras, y á multitud de gentes de todas clases y condiciones aguardando la salida del Romano Pontífice para bendecir la ciudad y el mundo, y se tendrá una idea del fausto de aquella, no por repetida menos interesante y augusta ceremonia. Si Priamo bendiciendo á sus cincuenta hijos, ó pidiendo al inflexible Aquiles el cadáver del héroe de los troyanos, parece despertar en el fondo de nuestros corazones los más tiernos afectos, ¿qué diremos del Padre comun de los fieles, sucesor de los seculares bienhechores de la ciudad, implorando la protección del cielo sobre la ciudad que salvaron sus antecesores y reuniendo en un solo pensamiento y en una misma bendición Roma y el catolicismo y el cristianismo y el mundo entero, que mira como su dominio espiritual, pues á nadie excluye de su feliz mediación, á nadie de sus prósperos augurios? Los protestantes y aún los racionalistas, que han presenciado esta escena, no la describen con menor entusiasmo que los católicos.

Extraño fuera que la liturgia especial de la Semana Santa no reuniese todos los caracteres de grandeza y de misterio que distinguen las ceremonias introducidas en la Iglesia siglos más tarde. Poco se han fijado los historiadores en la parte simbólica de los usos y ritos eclesiásticos y se han privado de muy útiles enseñanzas y de poéticos efectos. Un autor francés moderno ha escrito una obra especial de este rito sobre el *simbolismo de la campana*, y el autor de las *Ruinas de mi convento*, entre nuestros literatos, ha explicado también de una manera interesante y poética las ceremonias de la misa.

En los oficios del Viernes Santo hay lecciones tan bellas como profundamente simbólicas. *Los Improperios* son una muestra perfectísima de poesía, y el capítulo del Exodo relativo á las solemnidades de la Pascua no puede tener mejor aplicación que al sacrificio del Calvario.

La Pascua de los cristianos hubiera coincidido con la de los hebreos si los romanos Pontífices no hubieran tenido cuidado de conservar esta diferencia, sosteniéndola con la mayor energía. Alejandria, la metrópoli de Egipto, célebre en todo tiempo y bajo todas las religiones por el cultivo de la astronomía, fué la encargada de anunciar á los pueblos cristianos el día de la verdadera Pascua. Sabido es también que las Iglesias griega y rusa conservaron hasta nuestros días con ceremonias peculiares tan gran fiesta, y que el saludo comun de los rusos ese día no es otro que esta frase: *¡El Señor ha resucitado, verdaderamente ha resucitado!*

Y cuando en nuestros climas conmemoramos el día en que se abrió el sepulcro del Redentor, soltando la muerte su presa, se abre también la tierra cuyo seno horadan los tallos y engalanan las flores, mientras alegran el espacio los madrugadores trinos de las aves y se revisten de nuevo verdor los árboles y resplandece más vivo el azul del cielo. La primavera, que los ingleses designan con la misma palabra que el salto (*spring*), es un verdadero salto de la naturaleza: las corrientes trabadas por el hielo recobran su curso, desátase también la savia en los troncos y la sangre en los cuerpos, gracias á una ley de misteriosa armonía entre todos los seres organizados; las fatigas del cultivador comienzan á tener recompensa y muestran en la esperanza el fruto cierto; cálmanse los mares y los jugueteos y perfumados vientos empiezan á recorrer sus dominios del aire.

¡Aleluya! ¡La naturaleza revive; el Señor ha resucitado!

La poesía religiosa contemporánea.

La poesía religiosa en España, olvidándose al parecer de sus gloriosas tradiciones, casi ha desapare-

¹ El célebre pintor inglés contemporáneo Hunt, autor de un cuadro que representa á Cristo rondando el mundo por la noche y buscando un alma caritativa, expuso hace diez años su mejor cuadro *La sombra de la muerte*, estudiado en Jerusalem en el mismo monte de las Olivas.

cido. Cierta escuela que hoy reina, que también hay dictaduras en la república literaria, se complace en presentar desiertos los corazones de fe y de creyentes los santuarios, por más que lance de cuando en cuando un afectado suspiro y parezca que lamenta la desaparición de lo pasado. Sólo entre los autores modernos, el que se conoce con el nombre de Larmig ha logrado pulsar algunas cuerdas de la lira de Berceo, de Hojeda y de Juan de la Cruz, que sin duda debe ser la que algún poeta moderno, y que lo es de veras, quiere colgar de los sauces. La *Verónica*, de Larmig, es una preciosa elegía que no puede leerse sin derramar lágrimas. El cantor ha sabido colocar los tipos favoritos del Nuevo Testamento á toda la elevación que la piedad de los primeros días les comunicara. Silió, otro poeta contemporáneo de la generación presente, el que tan bien supo describir las ansias, las esperanzas y los rencores de los viajeros que trasponen la montaña; el que se inspiró en los mismos lamentos del esclavo para darnos cuenta de sus angustias, no estuvo tan feliz, á juicio del autor de estas Revistas, en su *Magdalena*, y es que si se ha menester gran pulso para cantar lo que la Biblia dice, aún es preciso mucho más para suplir lo que los libros sagrados callan. El sentimiento religioso con poco se conmueve; pero con poco también se queja por haber sido lastimado.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

UN RECUERDO

Un hombre oscuro de Galilea, sin otros elementos que su mágica palabra y el poderoso apoyo de sus discípulos, los apóstoles, pobres y desconocidos como él, salvó á la humanidad del cataclismo de que estaba amenazada, y siendo insultado por la brutal y desenfrenada muchedumbre, y muriendo en ignominiosa cruz, levantó al hombre del abyecto y grosero materialismo de que era presa, y redimiéndole le dignificó, haciendo revivir la tierra.

Escalan los Césares el Capitolio para sumir á la soberbia ciudad de Rómulo en la torpe servidumbre, y los gladiadores, ébrios de humana sangre, luchan en violentísimo pugilato ante la nobleza degradada, y en el Oriente los ideales filosóficos se levantan y prevalecen por sobre todo; pero en tan extraviado camino, que se oscurece densamente el porvenir, y cuando Bizancio, Roma y Atenas, Europa entera y Asia con sus fértiles y dilatadas regiones aguardaban la nueva aurora, el fulgor de la idea que el mundo presentía, la resolución del ansiado problema, aparece Jesús luchando valeroso con el arma de la persuasión, con el ejército de sus virtudes y el vigor de su celestial sabiduría.

Y ante la fiera de los aguerridos campeones, vencedores en gigantescas batallas, su angelical y expresiva sonrisa, fiel retrato de la bondad de su corazón, era el lenitivo para los más dolorosos hechos. Ante los jueces traidores y villanos que juzgándole inocente le castigan, su mansedumbre consigue los triunfos mayores.

Él tiene la elocuencia más persuasiva, es el innovador de ideas de más trascendencia para la sociedad, el más ardiente defensor del progreso, y con tan divinas condiciones, camina con paso firme al Calvario, sonriendo á los que á su paso le escupen, reprendiendo con dulzura á los que se irritan por defenderle; perdona á los Pedros que le niegan, se compadece de los Judas que le venden, y derrama copioso llanto regenerador en presencia de María, aquella hermosa y sin par criatura que, habiéndole abrigado en su seno ántes, presencia su afrentosa muerte para servir de ejemplo á los hombres que sufren y patentizar hasta dónde puede llegar el heroísmo de las almas elevadas aún envueltas en frágil y delicada envoltura material.

Si Jesús es la personificación de la humanidad redimida por el cruento sacrificio, María lo es de la humanidad regenerada por el dolor.

Las angustiosas lágrimas que de los ojos de María resbalaron, como radiantes perlas que reflejan el resplandeciente sol del amor, cuando ella postrada por el dolor se abrazaba á la cruz, fueron el benéfico rocío que ayudó á que fructificara la fecunda semilla del cristianismo.

Era preciso que se reunieran dos caracteres de tanta elevación como el de la Madre y el Hijo para llevar á cabo misión tan extraordinaria.

Desde el huerto de los olivos á la casa de Pilatos, desde ésta al Calvario, las elocuentes frases del trabajador de Nazaret son como el programa de todo lo grande que habrá de suceder en el tiempo y en el espacio.

Sus predicaciones se cumplen; los tiranos coronados con la diadema imperial vienen á tierra y pasan á la condición de esclavos, y éstos, ántes vilipendiados, por todos perseguidos y siempre despreciados, se regeneran con la sangre de Jesucristo, y al temblar la tierra, y al oscurecerse el sol, y al conmoverse el universo entero, se rompen las cadenas de la tiranía y el oprimido sale de la negra cárcel coronado con la aureola de la inmortalidad, empuñando el cetro de la reforma y atravesando triunfante por sobre las ruinas del dorado trono de los Césares y de los marmóreos palacios de los magnates envilecidos.

Los dioses avergonzados huyen del Olimpo al levantarse la cruz sobre el alto sagrado monte. Y la falsa teología, y la filosofía errónea, y el extraviado ideal de pueblos que en un tiempo persiguieron anhelantes la verdad, se desmoronan y disipan á impulsos del soplo divino de la novísima ciencia de Dios, al rumor de los ecos que produce la armonía misteriosa y profunda de las palabras del Redentor espirante.

Muere para siempre la idea de castas, la igualdad es la aspiración de todos y la aureola de la libertad circunda la terrestre esfera.

El sacrificio del más grande de todos los seres y la abnegación de la más cariñosa de las madres, son el principio de una nueva era de ventura.

¡Ah! quien no confie en las ventajas del sacrificio por la humanidad, que se remonte al día de más grande dolor en el largo período de los tiempos; al día más trascendental para la humanidad, y que dirija su mirada á aquel tosco madero que despide rayos de celestial brillantez por virtud del precioso cuerpo que de él está suspendido, y meditando profundamente acerca de lo que allí ha sucedido y la regeneración que partió de allí, verá si los sacrificios nobles por toda una idea importan.

Si esta generación á que pertenecemos alguna vez volviera su vista al pasado, y registrando el libro sagrado de la historia examinase las páginas luminosas que por el cristianismo se han escrito y que para el cristianismo se han abierto, no olvidaría tan á menudo sus deberes, y respetando la preciada libertad que Jesús predicó, la igualdad por él mismo difundida y la mansedumbre proclamada, no surgirían los aterradoros monstruos de la tiranía, de la duda y del orgullo que con tanta fiera nos oprimen.

Aunque el error campea arrogante todavía, la envidia se extiende y el sensualismo brutal impera, es porque el ideal del cristianismo no se tiene para nada en cuenta, olvidando que él ha sido el que colocó la primera piedra del espléndido edificio de la regeneración humana.

JESÚS PANDO Y VALLE.

¡PREGUNTAS!

¿Quieres que yo te diga lo que pasa cuando me acerco á tí?

Pues mira al sol cuando la nieve abrasa

y me verás á mí.
¿Quieres que yo te diga lo que siento
si te llevo á dejar?
En tus ojos de amor y de esperanza
No volverme á quemar.

Contradiccion eterna en este caso
viene mi amor á ser;
pues siendo yo la luz y tú la nieve
me abrasas sin querer.
Y es porque está probado, y no lo dudes,
que en materia de amor,
¡para el que quiere bien, la nieve es fuego;
para el que quiere mal, es hielo el sol!

A muerto están tocando las campanas
del vecino lugar,
y á su tañido fúnebre, alma mía,
comienzas á llorar.
No sufras más, que al contemplar tu llanto
empiezo á presentir,
que por la vez primera te decides
á pensar en sufrir.

Pues si al matar un tiempo el pecho mio
en fuerza de creer,
ni una lágrima sola derramabas
sus dolores al ver,
no pueden ¡ay! los mares de tus ojos
sentir más afliccion,
porque no hay mayor toque de agonía
que el que lanza al morir el corazón.

Cayeron ya las hojas en la arena,
va el invierno á surgir,
y el fuego de mi frente no se apaga
pensando siempre en tí.
Si en la noche serena de la tumba
te pudiera yo hablar,
vieras que áun en la muerte te amo loco,
¡castigo eterno á mi infeliz pesar!

A. HIDALGO DE MOBELLAN.

SUPLE-PRÓLOGO ¹

Sr. D. Manuel Polo y Peyrolon.

Mi querido amigo: Quiere Vd. que escriba un prólogo para su nueva obra *Sacramento y Concubinato*, cuyo último pliego acabo de leer, y á pesar de tener muchas razones para declinar esta honra, sobrepongo á ellas otras razones y me decido á aceptarla, si bien con la condicion y el propósito de que lo que escriba sólo ha de tener de prólogo el orden que haya de llevar en el libro, porque todo se ha de reducir á hablar con Vd. por espacio de media hora en voz bastante alta para que lo oiga el público, no tanto de su libro, como de otra porcion de cosas muy indirectamente relacionadas con él.

Como el haber vacilado en el cumplimiento de su encargo está en contradiccion con las protestas de estimacion y cariño que más de una vez se han escapado de mi boca y de mi pluma dirigiéndome á usted, no debo pasar más adelante sin exponer las razones de aquella vacilacion.

Siempre he opinado que el prólogo debe ser escrito por el autor del libro, por más que he escrito algunos para libros ajenos, obligado á ello por circunstancias análogas á las que hoy median para que escriba uno más. El prólogo debe tener por único objeto *explicar el libro* para que la lectura de éste sea más provechosa, y para esta explicacion nadie más competente que el autor. Diráseme que el autor se expone á quebrantar las leyes de la modestia al hablar de su propia obra, y á esto replicaré que es imposible no saber vencer esta dificultad sabiendo escribir libros.

Hay no pocos que al prólogo atribuyen el único fin de apreciar el valor literario de la obra, y hasta

¹ Nuestro respetable y querido amigo el eminente escritor D. Antonio de Trueba ha tenido la bondad de remitirnos para su publicacion esta magnífica carta, hoy inédita, que muy en breve formará parte del libro que con el título *Sacramento y Concubinato* va á publicar el escritor valenciano Sr. Polo. (Nota de la Redaccion.)

sospecho que más de cuatro autores piden prólogo á pluma ajena para obtener elogios. Ya sé que usted está muy lejos de ser de unos, ni de otros, porque sé que su peticion es sólo hija de la idea equivocada de que un escrito mio ha de dar importancia á su libro; pero no porque lo sepa he de dejar pasar la ocasion de decir que me parecen tan fuera de lugar los elogios modernos en forma de prólogo como los elogios antiguos en forma de acrósticos y otras zarandajas más ó ménos poéticas, de que se burló Cervantes lindamente.

Era yo aún mozuelo y ya me dolía en el alma que siendo tan variadas y dignas de ser conocidas las costumbres y la naturaleza de España, hubiese tan pocos escritores que las diesen á conocer. En Madrid, cuya naturaleza y costumbres tenían en verdad poca originalidad y belleza, localizaban casi todos nuestros escritores sus novelas, sus comedias y sus artículos de costumbres, de modo que el extranjero que deseaba conocer la fisonomía moral y física de España, y acudía para satisfacer su deseo á nuestra amena literatura creyendo que en ella estaba reflejada aquella fisonomía, como lo está la de otros países en la amena literatura de los mismos, se encontraba con que sólo reflejaba nuestra amena literatura en la fisonomía moral y física de Madrid, oasis medianísimamente apacible surgido en desierto arenal, y cuyos habitantes, lejos de tener fisonomía original y propia, tienen la comun á todos los habitantes de las grandes poblaciones.

He dicho que casi todos nuestros escritores localizaban sus concepciones literarias en Madrid, y pudiera haber dicho que las localizaban *todos*, porque, por ejemplo, los sainetes de Castillo, las piezas cómicas llamadas andaluzas de Sanz Perez y algunos otros escritores del mismo género, y los romances y leyendas de majos y contrabandistas andaluces que habia dado á luz Rodriguez Rubí, más que referirse á la fisonomía general moral y física de una region de España, se referian á puntos determinados y excepcionales de la misma fisonomía.

¿Por qué, me preguntaba yo, y sin duda se preguntaban otros cuya opinion valia infinitamente más que la mia, siendo tan variadas, tan curiosas y tan originales las costumbres y la naturaleza de España, nuestros escritores no se dedican á describirlas y darlas á conocer? ¿Por qué casi todos ellos se han de contentar con decirnos cómo se ama, cómo se aborrece, cómo se trabaja, cómo se huelga, cómo se goza, cómo se padece, cómo se practica el vicio, cómo se ejerce la virtud, cómo amanece, cómo anochece, cómo alegra el sol, cómo entristecen las tinieblas, cómo muere y cómo resucita la naturaleza en Madrid, y no nos han de decir cómo sucede todo esto en el resto de España, puesto que, por más que la naturaleza moral y física sea en el fondo *una* en todas partes, en la forma es en todas partes *varia*?

La contestacion que yo me daba á estas preguntas era ésta: porque viven en Madrid casi todos los que en España cultivan la amena literatura, ó no se extienden á fuera de Madrid sus conocimientos, ó si se extienden, no los creen en suficiente grado para emplearlos en sus procedimientos literarios, ó acaso piensan que han de sentir y pensar mejor lo que materialmente tienen á la vista, que lo que sólo tienen á la vista mentalmente.

Al mediar el presente siglo apareció un escritor de los que yo buscaba. Era una mujer, que despues de haber pasado lo más florido de su vida estudiando las costumbres y la naturaleza de una region de España, se dedicaba á pintarlas magistralmente, eligiendo como procedimiento la novela y ocultando su verdadero nombre de Cecilia Bolht de Faber con el seudónimo de Fernan Caballero. Creí que su ejemplo tendria muchos imitadores y no pasarian muchos años sin que en nuestra amena literatura se reflejara la fisonomía moral y física de todas las regiones de España, como en literatura análoga se refleja la fisonomía moral y física de Escocia y otros países extranjeros. Sólo en parte ha justificado el tiempo que desde entónces ha trascurrido aquella creencia mia, porque han sido pocos los escritores que han imitado á Fernan Caballero en la eleccion de determinadas provincias ó regiones para basar en las condiciones de su suelo, de sus costumbres, de su historia, de sus tradiciones, de su modo de ser físico y moral de sus concepciones literarias, de modo que

casi se puede decir que entre las regiones de España, las únicas que hasta hoy han sido objeto de tal eleccion son la de Andalucía, la de la Montaña de Santander, la de la Serranía de Albarracin y la Vascongada, merced á Fernan Caballero y á Pedro Antonio de Alarcon, á José María de Pereda, á José María de Goizueta y no sé si me atreva á añadir, y á mí. Las demás regiones, aunque dignísimas de ser descritas, están aún vírgenes del amoroso beso en que exhala lo más tierno y delicado de su alma el artista, que especie de beso amoroso es la eleccion que éste hace de determinado rincón de la tierra para exprimir en él su sentimiento y su inteligencia á fin de que allí broten con este riego las flores del arte y del espíritu.

Cuando vi los cuadros de costumbres de la Sierra de Albarracin, cuando leí *La tia Levítico* y *Los Mayos*, ó sea cuando le leí á Vd. por primera vez, mi corazón palpité de emocion y de alegría ante el advenimiento á nuestra república literaria de un gran pintor de costumbres. Algo turbó esta alegría la consideracion de que Vd., á pesar de tener sobrados elementos propios para no necesitar la imitacion, sólo en parte los utilizaba, puesto que así como yo al escribir los *Cuentos de color de rosa* habia imitado algun tanto á Fernan Caballero, Vd. á su vez nos imitaba algun tanto á Fernan Caballero y á mí; pero me tranquilicé esperando que reconoceria al fin su error, como yo habia reconocido el mio, y en lo sucesivo diria como yo habia dicho: «pensemos y expresemos por cuenta propia, cualesquiera que sean los elementos que poseamos para pensar y expresar así, que más vale media belleza propia que una ajena y el que pinta con la pluma ó con el pincel, sólo debe parecerse á sí mismo, aunque no presuma de hermoso.»

No me engañó esta esperanza. Cuando supe que usted habia escrito é iba á dar á luz una novela de costumbres cuyo nombre era *Sacramento y Concubinato*, este nombre me alarmó algun tanto, porque así él como el hermoso libro en que Vd. habia descrito su peregrinacion á Tierra Santa, y como algunos de los artículos de que consta otro libro de amenísima miscelánea literaria á que Vd. ha dado el título de *Borriones Ejemplares*, me hacian temer que su misticismo se hubiera acentuado hasta el punto de hacerle á Vd. más apto para escribir devocionarios, en que no se debe mirar sino *arriba*, que para escribir novelas, en que se debe mirar *arriba y abajo*.

Perdóneme Vd., querido amigo, esas alarmas que parecen implicar dudas de su clarísimo entendimiento; perdónemelas Vd. considerando que son hijas de lo mucho que de Vd. espero. Cuando he leído su nuevo libro me he avergonzado de ellas viendo cuán mal hice en no pensar con los franceses que *le nom ne fait rien á la chose*. Su nuevo libro no tiene de alarmante para los que odian el *devotismo* cuanto aman la *despreocupacion* más que el nombre del conjunto, que es *Sacramento y Concubinato*, y los de las tres partes en que se divide, que son *Antes de la Gloriosa*, *En la Gloriosa* y *Despues de la Gloriosa*. Todo lo demás lo pueden leer sin soltar una blasfemia, ni renegar de curas y frailes, ni echar pestes contra los partidarios del oscurantismo, los más exaltados anarquistas y libre-pensadores: el libro nada tiene de sermoneo ni de beatería; si su autor es católico apostólico romano, lo es como la Iglesia quiere á sus hijos, esto es, católico, no nuevo ni viejo, sino católico en la genuina y exacta acepcion de la palabra, esto es, inflexible y hasta intransigente si se quiere con el error, pero caritativo, conciliador y tolerante con los que yerran. No parece sino que con el nombre del libro y los de las tres partes en que el libro se divide, ha querido Vd. asustar á ciertas gentes, como Llanos Alcaraz ha querido asustar á las mujeres dando por nombre á un libro suyo *Mujeres, no leais esto*.

Me temo, querido amigo, que á Vd. le suceda lo que á mí en punto á fama de eso que llaman *neocatolicismo*. Yo llevo escritos y publicados veinte libros, y en diez y nueve de ellos no hay nada de *neocatolicismo*, ni de *patriarcalismo*, ni de *optimismo*; mucho más que de esto, hay en los diez y nueve *liberalismo* bien entendido, *realismo* y *pesimismo*, y sin embargo, hasta escritores y filósofos tan egregios como Marcelino Menendez Pelayo y Emilia Pardo Bazan están erre que erre, el primero con que tengo el gran defecto del optimismo en la pintura de las costumbres

populares, y la segunda en que tengo el del patriarcalismo, que considera intolerable, «porque si bien en literatura es lícito callar, no es lícito fingir.» Al primero le tengo por un gran sabio en todo, ménos en materia de costumbres populares; en que sé yo más dormido que él despierto, porque él desde que tuvo uso de razon no ha salido de las aulas, y yo desde que le tuve no he salido de donde se estudian prácticamente las susodichas costumbres. En cuanto á la segunda, supongo que de mis veinte libros sólo ha leído uno, que es el de los *Cuentos de color de rosa*, porque si hubiera leído los diez y nueve restantes hubiera visto en ellos que, sobre no pecar de patriarcalismo en ninguno, peca de realismo en algunos, como *El gaban y la chaqueta* y *El redentor moderno*. Y de los dos creo, y muy particularmente del primero, que desconocen absolutamente las costumbres de la region vascongada, y por tanto son jueces incompetentes para fallar sobre la mayor ó menor exactitud con que he descrito estas costumbres. Al describir las costumbres de esta region y de alguna otra, sólo he hecho uso del derecho de callar que concede al escritor la ilustre autora de *San Francisco de Asís*, pero no he hecho uso del de fingir que la misma escritora le niega y Horacio le concede.

Decía ó iba á decir á Vd., querido amigo, que temo mucho le suceda á Vd. lo que á mí en punto á fama de eso que llaman *neocatolicismo*. Fundándose entónces, con más ó ménos razon, en los *Cuentos de color de rosa*, me aplicaron el nombre de neocatólico, y no han bastado otros diez y nueve libros y no sé cuántos centenares de artículos que no le justificaban para que me le quiten. Me temo que á Vd. le suceda algo parecido á ésto, aunque supongo lo sentirá tan poco como yo lo siento, porque opiniones del que no sabe lo que dice no deben tomarse en cuenta ni para mal ni para bien, y más en tierra como la nuestra, donde la crítica es tan concienzuda y justa que ofrece ejemplos como el que le voy á referir á Vd. Salió á luz mi *Libro de las montañas*, y una revista de Madrid dijo, entre otras cosas, que no habia en él composicion en que no sonasen campanas. Escribí atentamente al Director de la Revista diciéndole en resúmen: «El crítico ha incurrido en equivocacion, porque entre las 112 composiciones que tiene el libro, no llegan á veinte aquellas en que se nombra las campanas, y si en algunas se nombran, es porque el poeta que se inspira en las costumbres, sentimiento y espíritu del país en que canta, no puede ser indiferente á las campanas, que expresan las alegrías y las tristezas del pueblo. Rúégole al crítico que por amor á la verdad y á la justicia rectifique su equivocacion.» ¿Sabe Vd. lo que me contestó el Director de la Revista? Pues me contestó lo que va Vd. á leer:—«El crítico de la Revista que dirijo, nada tiene que rectificar, y extraña mucho que Vd. se permita rebelarse contra la crítica.»

Veo con placer que Vd. en su nuevo libro, al huir de la imitacion de unos, no ha incurrido en la indiscrecion de refugiarse en la imitacion de otros. Otro de ménos talento, de ménos discrecion y de ménos instruccion artística, se hubiera refugiado en la imitacion de eso que llaman *naturalismo* y que yo he rechazado, pensando, como ahora pienso y pensaré siempre, que el arte pictórico es demasiado noble para entretenerse en pintar sabandijas. Callar, dice la insigne autora de *Un viaje de novios*, es lícito. Lo que yo hago y debe hacer todo el que conmigo convenga en que sólo lo bello es digno de la amena literatura que Vd. y yo cultivamos, es complacernos en reproducir la luz, utilizando la sombra sólo en cuanto sea necesario para realzar la luz por medio del contraste.

Este procedimiento ha usado Vd. en su nuevo libro y por ello le doy mi sincerísima enhorabuena.

¡Naturalismo! ¡Realismo! El verdadero, el sano, el bello, el único naturalismo ó realismo aprobado por la estética, y aún por el sentido comun, es el que avalora el libro que Vd. va á dar á luz. Yo no he estado nunca en la Sierra de Albarracín, y por tanto tampoco en Peñascales, y sin embargo me temblarían las carnes al asegurar bajo juramento que sólo de oidas me eran conocidos Peñascales y la masada de la Fuente del Berro y Cinrabal, y el tío Bernardo Perales, y la tía Ruperta, y Angel, y Blasillo, y Andrea, y Casilda, y Entretelas, y Majete, y Michico, y

el tío Soliman, y el tío Judas... y en fin, todas las buenas ó malas gentes á quienes Vd. ha dado vida inmortal en aquel rincón de España, más desconocido que las Batuecas hasta que Vd. vino al mundo trayendo entre sus nobles misiones la de gran fotógrafo de almas y rostros y corteza cósmica á quienes deben envidiar almas, rostros y cortezas de casi todos los demás rincones de nuestra Península.

¡Ese sí que es el único naturalismo verdadero, racional, estético, no reñido con el arte ni con el sentido comun!

Críeme en un barriecillo de cuatro casas asentadas en las estribaciones de una alta montaña y algun tanto distantes de todo otro barriecillo. Cada vecina amasaba y cocía pan de ocho á ocho días, y cuando le faltaba, le pedía prestado á alguna de sus vecinas.—Madre, pregunté una vez á la mia al empezar á saborear un zoquete de pan prestado: ¿en qué consiste que cada vecina sazona y amasa y cuece el pan á su modo, y sin embargo de ésto, y de que los gustos son diferentes, gusta á todos los que le comen?—Hijo, me contestó mi madre, consiste en que el pan que cada vecina amasa y cuece, además de estar hecho con buen trigo, está bien hecho.

El nuevo libro de Vd. ha traído á mi memoria, propensa á evocar los recuerdos de la infancia y del hogar paterno, este recuerdo, y me ha hecho pensar que el nuevo libro de Vd. ha de gustar á todos, porque además de estar hecho con buena voluntad, está bien hecho.

Sí, está bien hecho el libro que lleva el nombre (no muy de mi gusto, aunque muy apropiado) de *Sacramento y Concubinato*. Y no debo pasar más adelante sin derramar alguna luz sobre la oscuridad del paréntesis.—María, pregunté un día á la portera de mi casa, ¿por qué pusieron ustedes á ese chico nombre tan feo como el de Canuto?—Ay, D. Antonio, me contestó, no diga Vd. que el nombre de este chico es feo. ¿Podíamos haberle puesto á este chico nombre más bonito que el del Santo del día en que nació?

Me resigné con el nombre del chico de la portera, y por razon análoga debo resignarme con el nombre del nuevo libro de Vd.

Sí, vuelvo á decir, está bien hecho el libro que lleva el nombre de *Sacramento y Concubinato*. Su autor, hombre familiarizado con el derecho, no se asusta de que la sociedad civil quiera que la familia al constituirse no prescindiera de ella, pero se asusta de que esa misma sociedad quiera ó, cuando ménos, mire con indiferencia que la familia al constituirse prescindiera de Dios.

Sobre estar hecho el libro con buenísima voluntad, está hecho con arte y estudio de la naturaleza, verdaderamente maravillosos.

Un gallego tocaba la gaita una tarde en la Virgen del Puerto de Madrid con pretensiones de tocarla admirablemente. Un amigo mio gallego y yo le escuchábamos simulando gran admiracion de su habilidad, cosa que al gaitero hacía reventar de orgullo. Mi amigo quiso, como decimos en Vizcaya, tomarle el pelo, y mostrándose envidioso de aquella habilidad, le suplicó le permitiese ver si él acertaba á tocar la gaita como él. Accedió á su deseo el gaitero, sonriendo del fiasco que iba á hacer el señorito, y como éste empezase á tocar admirablemente, el gaitero asombrado y embobado no encontró más frase para expresar su admiracion que la de: *¡Osté foi gallego!*

Al leer yo el nuevo libro de Vd., si le hubiera tenido á Vd. á mi lado no hubiera podido ménos de decirle: ¿Vd. ha sido alguno de aquellos de Peñascales?

Aquellos pujos de arcaísmo y cervantismo que tan comunes y aún tan ridículos son en no pocos de nuestros escritores contemporáneos, no hay que buscarlos en su libro; pero en cambio se encuentra, sin buscarle, estilo limpio, natural, claro y corriente como el agua que baja de las montañas al río que baña los pies de Peñascales.

¡Qué consultas tan deliciosas aquellas que recibe el abogado de secano tío Soliman! ¡Qué descripción del amanecer camino de la masada de la fuente del Berro á Peñascales! ¡Qué fotografía del esquileo en la masada! ¡Qué tertulia infantil en la cocina del tío Bernardo! ¡Qué pintura de la cabeza de partido y sus moradores! ¡Qué caricatura tan llena de interés y

gracia la de la constitucion de la junta soberana de Peñascales al recibirse la noticia de la *Gloriosa*! ¡Qué diálogos, qué amores lugareños; qué casamiento por lo civil, practicado por el juez municipal, tío Soliman; qué todo lo que constituye el libro!

Esta carta, sobre ser insustancial y desaliñada, es larga y no debo consentir que lo sea aún más. Aquí, pues, le pongo término sin añadirle más que la sincera afirmacion de que le quiere á Vd. tanto como le admira en el doble concepto de la nobleza de su alma y de la elevacion de su inteligencia, su amigo

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 10 de Febrero de 1884.

LA CARNE DE CABALLO

A pesar del gran desarrollo que los estudios higiénicos han alcanzado en nuestro país, y de la propaganda constante que de ellos se hace por medio de la prensa, sucede muchas veces que asuntos de interés vital para la higiene, y que pueden influir mucho en el bienestar público, son desatendidos por nuestros Gobiernos, y no en pocas ocasiones olvidados.

Uno de ellos, y no el de menor importancia, es el que se refiere á las subsistencias. Los mayores conflictos que se originan en los pueblos, y que ponen en grave apuro á las autoridades, son casi siempre debidos á la carestía de los artículos de primera necesidad: en prueba de este tenemos hechos recientes acaecidos en Madrid cuando se subió el precio al pan, y otros de que fueron testigos infinitos pueblos de España. El humilde jornalero que con un pequeño salario tiene que remediar las necesidades de toda una familia, y los que como él viven sólo de un pequeño sueldo, que son los más, se ven á menudo privados, por su excesivo precio, de alimentos imprescindibles para la salud y la vida.

Podríamos citar varios de estos alimentos, pero nos fijaremos en uno por ser del que más se consume, y del que muchas veces no pueden abastecerse las clases pobres por su crecido precio, y es la carne.

No entraremos á tratar de las diferentes clases de carnes ni de las mejores cualidades de unas ú otras, pues nos apartaríamos de nuestro objeto, que es decir algo respecto de la *de caballo*; asunto que consideramos de gran importancia para la higiene pública.

En España una antigua preocupacion, una verdadera *idiosincrasia* nacional, ha sostenido y sostiene la aversion con que se mira este alimento por el comun de las gentes. Sin embargo, la *hipofagia* tiene numerosos prosélitos, y es ya tiempo de que se haga desaparecer esa repugnancia á la carne de caballo, que sólo una creencia errónea puede sostener.

La carne de caballo constituye el alimento ordinario del mogol y del tártaro, que encuentran en ella una sustancia de exquisito gusto y de gran valor nutritivo; tanto, que asada supera al del buey.

En el sitio de París se han consumido un extraordinario número de caballos, y en Viena, según Motard, en tres años doce carniceros han vendido al por menor 5.000 caballos: en Dinamarca, Bélgica y Suiza, el consumo que se hace de esta carne es cada vez mayor.

No existe, pues, fundamento alguno que justifique la repugnancia hacia tal alimento; ántes al contrario, creemos que, si se hiciera de uso general, llegaria tiempo en que le diésemos preferencia á la carne de otros animales.

Por lo tanto, una administracion municipal sabiamente concebida, debiera no sólo permitir, sino fomentar la venta de la carne de caballo, exigiendo, por supuesto, las debidas condiciones